

## SOBRE EL PAPEL DE LA PRENSA EN LAS SOCIEDADES DEMOCRÁTICAS.

Walter LIPPMANN, *Libertad y prensa* Rodrigo Fidel RODRÍGUEZ BORGES, Walter Lippmann, *Libertad y prensa*, Tecnos, Madrid, 2011.

El libro de Walter Lippmann que reseñamos está integrado por el ensayo del mismo título, fechado en 1920, una intervención en el Club Nacional de Prensa, de Washington, en octubre de 1959 y el discurso «Una prensa libre: ¿por qué resulta fundamental y cómo puede preservarse?», dirigido a la asamblea del Instituto Internacional de Prensa, reunida en Londres en 1965. De los tres, el texto de mayor enjundia y extensión es el primero y en él aparece *in nuce* la preocupación de Lippmann por el papel de la prensa en las democracias, asunto sobre el que reflexionará reiteradamente a lo largo de su dilatada carrera como columnista y analista político.

Como pone de relieve Hugo Aznar en su excelente introducción, Lippmann fue seguramente el columnista político más influyente del siglo xx. Su columna «Today and Tomorrow», distribuida por los periódicos más reputados del mundo, llegaba a millones de lectores que encontraban en ella una explicación rigurosa de los principales acontecimientos de la actualidad. Pero, Lippmann fue bastante más que un columnista de extraordinaria agudeza; trabajó también como asesor de los presidentes T. Roosevelt, W. Wilson, J. Kennedy y L.B. Johnson, y desde ese observatorio privilegiado pudo apreciar la complejidad de las relaciones entre políticos y periodistas en momentos críticos del acontecer del siglo pasado. A buen seguro que fue este bagaje profesional y personal el que le llevó a adentrarse en el territorio de la reflexión teórica para analizar las relaciones entre medios de comunicación, poder político y opinión pública en las sociedades democráticas, eje central de *Libertad y prensa*.

El punto de partida de la exposición de Lippmann es una afirmación de grueso calibre: «la crisis actual de la democracia —asegura— es una crisis de su periodismo» (p. 7) y ello es así porque la prensa vulnera con frecuencia su deber de proporcionar información fiable a la sociedad.

Sin esa información veraz no puede existir una opinión pública libre y los gobiernos no pueden tomar decisiones correctas. De modo que, continúa Lippmann, cuando periodistas y editores reniegan de su papel de testigos y mensajeros y no tienen escrúpulos en divulgar como hechos lo que no son más que especulaciones o abiertas falsedades, «la democracia deja de funcionar y la opinión pública se bloquea» (pp. 12-13). De igual modo, el periodismo se corrompe radicalmente si antepone determinados credos o invoca el interés nacional para renunciar a su compromiso con la verdad, pues esa y no otra es la ley suprema del periodismo: contar la verdad (p. 15). Esta referencia al interés nacional como perturbador de las obligaciones de la prensa no es, por cierto, baladí, viniendo de quien fue asesor del presidente Wilson durante la I Guerra Mundial. En el curso de esa contienda, Lippmann pudo apreciar cómo las apelaciones al interés nacional justificaban la ocultación de información y los periódicos se convertían en instrumentos de intoxicación propagandística.

Que la búsqueda de la verdad debe ser el principio rector del periodismo es indiscutible, pero debemos preguntarnos hasta qué punto están los periodistas en condiciones de respetarlo en un mundo que ya no es aquella pequeña comunidad de ciudadanos en la que vivían los creadores de la democracia ateniense. La Gran Sociedad de nuestros días es una entidad sumamente compleja en la que interactúan, a escala planetaria, actores e instituciones de forma no siempre transparente y comprensible. En ese contexto de complejidad, el periodista se ve imposibilitado para conocer de primera mano aquello sobre lo que debe informar. Ni aun queriéndolo, puede asistir como testigo directo a los acontecimientos que condicionan la marcha de la sociedad ni comprender todos los fenómenos que constituyen la actualidad en todos sus campos. Con frecuencia, arguye Lippmann, su conocimiento es de segunda o tercera mano, se mueve en un *pseudoentorno* informativo en el que queda expuesto a los efectos de la información incompleta o manipulada y a las consecuencias de su propia impericia profesional.

Lippmann, sin embargo, no se detiene aquí. Su argumentación avanza un paso más: tal como ocurre con los periodistas, ¿no podríamos

también considerar que acaso los propios gobernantes están irremediablemente afectados por las mismas limitaciones? Y por lo mismo: ¿No es un despropósito creer que los ciudadanos, por su parte, son seres *omnicompetentes* que pueden hacer elecciones correctas sobre cualquier materia? ¿No es absurdo someter al juicio de los ciudadanos cuestiones cuya dificultad supera su conocimiento? Llevado a sus últimas consecuencias, el análisis de Lippmann nos conduciría a un cuestionamiento general de la democracia y a la defensa, en su lugar, de una tiranía o un gobierno de expertos. Y, ciertamente, esta última posibilidad aparecerá dos años más tarde en *La opinión pública*, libro que significativamente se abre con el pasaje de *La República* en que Platón enuncia el célebre mito de la caverna y concluye reconsiderando la propuesta platónica de un gobierno de reyes-filósofos como mejor forma de administrar la sociedad.

En *Libertad y prensa*, sin embargo, Lippmann no llega tan lejos y considera que es posible mejorar la labor de los periodistas, el juicio de los ciudadanos y la acción de los gobiernos. Por lo que se refiere a los medios de comunicación, llama la atención sobre la necesidad de profesionalizar el oficio periodístico. Para ello apela a tres elementos: la creación de escuelas de periodismo serias que proporcionen a los futuros informadores una formación sólida; en segundo lugar, la obligación de los periodistas de asumir su responsabilidad ética en los casos de malas prácticas; y por último, una defensa enfática del periodismo de hechos frente a los excesos del periodismo de opinión. La conjunción de estos tres elementos la cree Lippmann

capital para la pervivencia de nuestro modelo de sociedad porque «el periódico es literalmente la Biblia de la democracia, el libro a partir del cual el pueblo establece su conducta» (pp. 38-39).

¿Y cómo se puede mejorar la capacidad de discernir de ciudadanos y gobiernos? Los sabios filósofos de la república platónica reaparecen en Lippmann bajo la forma de técnicos y expertos encuadrados en agencias e institutos de investigación, públicos y privados, que se encargarían de poner a disposición de la sociedad y sus dirigentes datos actualizados, análisis rigurosos y propuestas de actuación que propicien el consenso colectivo. Disponer de esas fuentes de información fiable es hoy —dice el autor— el problema fundamental de la democracia: «Todo lo demás depende de esto. Sin defensa frente a la propaganda, sin pautas para la evidencia, sin criterio para lo relevante, la materia viva de la decisión popular queda expuesta a todos los prejuicios y a ser explotada sin límites» (p. 52).

La recensión de este libro quedaría necesariamente incompleta sin encomiar la traducción y el documentado estudio introductorio a cargo de Hugo Aznar, un experto reconocido en el ámbito de la deontología periodística. Esa introducción y las notas que acompañan todo el texto ayudan al lector a situar el libro de Lippman en el contexto de su obra y en la coyuntura histórica en que se escribió, algo que se echaba muy a faltar en otras ediciones de la obra del periodista americano en lengua española.

Rodrigo F. RODRÍGUEZ BORGES  
*Universidad de La Laguna*